

Agua va

Gonzalo Cowley P.



Yvaya como el agua se ha desplegado en estos días por la zona centro sur de nuestro país. El temporal muestra habitualmente escenas que se repiten año tras año, en los mismos lugares y con la misma magnitud. De alguna manera somos esclavos de nuestras propias conversaciones y aquello, en la legítima lucha entre las fuerzas políticas, se hace necesario enfatizar la conversación hacia soluciones estructurales que apunten a la calidad de vida de las personas.

A propósito de las elecciones municipales que vienen, bien vale orientar esas propuestas —más que a campañas de marketing— a establecer diagnósticos compartidos e identificar montos requeridos de inversiones, para poder gestionar presupuestos, recursos y plazos de solución con creatividad, excelencia técnica y, desde luego, con anticipación.

Una política para el desarrollo supone una fuerte inversión en infraestructura y

eso es una tarea permanente que no puede quedar entregada exclusivamente a los vaivenes del mercado político, al precio del cobre y ahora del litio, o de cualquier suplemento financiero. En los vilipendiados treinta años se desarrolló una política de infraestructura colosal en puertos, aeropuertos, carreteras, alcantarillado, saneamiento, agua potable rural y más, una verdadera innovación para un país que venía inaugurando la democracia con más de un 40% de pobreza y un presupuesto reducido, y que con años de bonanza y creatividad en la gestión de políticas públicas pudo caminar y mascar chicle al mismo tiempo, logrando los consensos necesarios para invertir en el desarrollo. Esa es una fórmula probada y además exitosa.

Es fundamental, entonces, orientar nuestras capacidades —que existen— en la generación de infraestructura para las ciudades que permita afrontar las in-

clemencias de la naturaleza que siempre nos van a acompañar: incendios, temporales, marejadas, aluviones y tantos otros eventos asociados al cambio climático y a la emergencia urbana, en el que las comunidades ocupan intensamente las ciudades hoy y que, por lo tanto, exigen del espacio público fórmulas para asegurar una calidad de vida razo-

nable. El fenómeno es global.

El agua va. Siempre va. Para lo bueno y malo. Para vivir, para alimentarnos, para disfrutar del equilibrio natural, para las actividades productivas, para capear el calor y también para recordar que los océanos son el protagonista principal de nues-

tro planeta y que tiene la fuerza para llevarnos al sentido de origen. No desperdiciemos tiempo en peleas inconducentes, mientras las personas esperan conducción de sus desafíos de calidad de vida y de seguridad humana.

“No desperdiciemos tiempo en peleas inconducentes, mientras las personas esperan conducción de sus desafíos de calidad de vida”.